

Cuanto ansiaba la verdadera devoción sustraerse á la publicidad y sacrificarse, tanto la falsa anhela exteriorizaciones é imposiciones. Su divisa es monopolio universal. Tiene su horario que hay que respetar, aunque se incomode por ello á diez personas á la vez: su confesor ha de ser únicamente suyo: ¡ay de él! si, por atender á otra alma, olvida que le espera ó ataja su locuacidad ó resta algún minuto de los treinta ó cuarenta y cinco que reclama; se arma una tempestad que en lo que menos puede parar es en verse tratado de hombre insensible á los atractivos de la virtud, de sacerdote nada celoso de la perfección de las almas, de ministro poco imparcial de la justicia y gracia divina. Sus libros, cuenta con tocarlos; su lugar fijo, no se lo toméis ni aun distraídamente, no sabría privarse de ocuparlo, por el orden y compostura, se entiende, del lugar santo: es su sitio, bien situado y muy ventajoso para que allí pueda ver bien *su* Santísimo, y frontero al púlpito, para oír clara y distintamente *su* sermón; no extrañéis, pues, que lo busque con inquietud y lo exija con altanería, *es suyo*.—¡Las pequeñeces y ruindades que podríamos seguir señalando; y que sin embargo huelgan porque de sobra evidenciado queda que la pseudo-devoción es egoísta!

Egoísmo que en torno suyo esparce esterilidad, peor todavía, maleamiento y ponzoña. Encerrándose mezquinamente en los estrechos límites de su vida, quita á sus buenas acciones el mérito del misterioso apostolado por los tibios y pecadores, con que las enriquece la verdadera devoción.

El *yo* del alma pseudo-devota escandaliza á los espíritus débiles hasta el punto de que les hace dudar de la piedad; al paso que la verdadera reanima y fecundiza cuantas almas participan de su bienhechora influencia.

No apartemos la vista de estos dos bocetos sin entrar en nosotros mismos, ni sin decir á Dios desde el fondo de un corazón sincero y conmovido estas bellas palabras de

la *Imitación* «Señor, fuente de amor eterno, cuanto soy, á vos lo debo. Cuanto hago, de vos procede. Y con todo os sirvo menos que Vos á mí. El cielo y la tierra que para el hombre habéis creado, siempre están cumpliendo las leyes que les habéis dado: además vuestros ángeles, los habéis destinado en vuestra paternal providencia á ser ministros de la humanidad; y Vos mismo os habéis hecho esclavo nuestro, y nos habéis prometido á Vos en esencia por galardón. ¿Con qué os podré pagar tanta multitud de bienes? ¿Por qué no os he de servir todos los días de mi vida? Que os sirva al menos un día; un día entero, dedicado exclusivamente á Vos!... ¡Oh mi Dios y Señor, yo así lo quiero, así os lo pido, dignaos suplir cuanto en mí falte para cumplirlo!»

«Gran honra y gloria es serviros y despreciarlo todo por Vos. Gracias extraordinarias, suaves consolaciones del Espíritu Santo, libertad omnimoda del corazón son la recompensa de los que por Vos han renunciado á todo placer sensual y dado de mano á toda mundana solicitud para entrar por la vía angosta. ¡Oh gloriosa y dulce servidumbre de Dios! ¡Oh servidumbre digna de ser abrazada y anhelada siempre!... (1)

ARTÍCULO V

LA VERDADERA DEVOCIÓN ES BENÉVOLA Y HUMANITARIA,
LA FALSA MALÉVOLA É INHUMANA

Seguiremos analizando el corazón de las almas verdaderas y falsas devotas: éstas son malévolas é inhumanas, aquéllas benévolas y humanitarias.

La benevolencia, etimológicamente considerada, es una inclinación del corazón á querer el bien ajeno, y en este sentido podría considerársela como principio de la generosidad que en el artículo anterior hemos descrito. Pero

(1) *Imitación*.—Lib. III, cap. X.

no es así como aquí la entendemos; nos valemos de la palabra *benevolencia* á falta de otra, que en vano hemos buscado en nuestro diccionario, y que sería *benevidencia* ó inclinación á ver el bien en todos y en todo. La verdadera devoción es *bien vidente*, conviene á saber, más dispuesta, para creer al bien que al mal: que lo que en primer término la impresiona es el bien, que su objetivo en cuantos con ella se relacionan es el bien, que sólo tiene valor y estima á sus ojos el bien, y su conversación más gustosa es acerca del bien, el cual se complace en alabar pero tan sincera como desinteresadamente, sin quitar esplendor á las buenas cualidades y acciones ni degenerar tampoco en adulación.

Prefiere verse engañada y ser víctima de confianza excesiva, á correr el riesgo de faltar con sospechas ó juicios temerarios á la caridad que abriga su corazón para todo el mundo, aun para gentes desconocidas. Rehúye formar opiniones de buenas á primeras y procede con gran tino y cordura si se halla precisada á adoptar una resolución. Antes quiere fijarse en apariencias favorables que internarse en investigaciones que puedan despistarla y hacerla caer en falta.

¡El mundo del alma humana encierra tantas vilezas! ¿A qué buscar decepciones y tristezas con innecesarias y torcidas exploraciones?

Quedémonos á la puerta de ese misterio viviente, y en cuanto nos sea posible contentémonos con aspectos consoladores. Así discurre el alma verdaderamente devota, y jamás le asaltan inquietudes por la buena opinión que forma de sus prójimos.

No es esto candidez ni falta de luces. Sabe de miserias humanas porque se conoce á sí misma. La investigadora mirada, que en sus propias profundidades se sumerge, la revela indiscutible existencia de abismos de imperfecciones y debilidades, conocimiento que utiliza para gemir ante Dios y compadecer debilidades é imperfecciones de sus

semejantes. Es misericordiosa; y á cada momento se aplica los sabios consejos del Libro de la *Imitación*, «Sufre con paciencia los defectos y numerosas enfermedades del prójimo, ya que tanto tienen que sufrirte á tí los demás. ¿Si no puedes hacer lo que quieres, estará en tu mano cambiar á tu gusto á los demás? ¿No es cierto que mal que pese a nuestros redoblados esfuerzos permanecemos largo tiempo estacionados? Carecemos, pues, del derecho de exigir á otros más prontas y radicales trasformaciones.—¿No se nos hace pesado el yugo de la ley de Dios? No lo hagamos, pues, más pesado á los otros. ¿No ansiamos amplitud en nuestra vida? ¿A qué aprisionar, pues, la del prójimo con nuestras cerradas exigencias? ¿No nos resulta dura la corrección? Pues no seamos para otros rigoristas. Ah! la misericordia es la gran virtud de un corazón verdaderamente devoto.

La verdadera devoción se compadece de las miserias y enfermedades espirituales del prójimo: y no se diga, que cuando la enfermedad y miseria se traducen en faltas reclaman severidad. Severa con el mal que reprueba porque desagrada y ofende á Dios, rodea al malhechor de una nube de compasión religiosa y se aflige como si se tratara de una caída propia y personal. Lloro sobre el alma del pecador como lloraría por los mayores infortunios, y clama perdón, misericordia, con la ternura de una madre por su hijo enfermo. Diríase que el pecado tiene el extraño poder de avivar su amor habitual á los pecadores.

Lo notable es que no se objetive esta aflicción del alma devota y quede en sigilo; porque si la revelara, manifestaría ruindades ajenas que tiene buen cuidado de encubrir. Sólo á Dios habla de ellas en sus fervientes oraciones. Para el mundo quedan disimuladas bajo el velo de su discreción. Jamás advertiréis una palabra, un signo que atestigüe posee el secreto doloroso de un corazón. La buena opinión pública, el bien general le es preferible al solaz que pudiera experimentar permitiéndose confianzas,

aun tratándose de corazones tan sellados como el suyo. Pero demos que el mal se divulgue por revelaciones imprudentes ó por culpables é imprevistos accidentes fortuitos: la misericordia de la verdadera devota no se ha agotado. Tiene en reserva excusas y benignas interpretaciones. Fulano ha cometido una falta: bueno—¿Es tan grave como se la pinta? ¿Debe uno dar crédito á rumores públicos tan fácilmente exagerables por la ligereza ó malignidad humana? Quizá lo que parece monstruoso no valdrá un ardite: lo que pasa por crimen no exceda á una imprudencia.—Zutano es culpable, sí, mas ¿en qué circunstancias se encontraba? ¿Cuántos lazos se le tendían! ¿Qué energía necesitaba para resistir á las tentaciones á que ha sucumbido! ¿Disponía acaso de las gracias preservativas con que nosotros contamos? ¿Nosotros mismos no somos asaz frágiles y miserables? Trátase de un hermano nuestro; ¿sería cuerdo agrabar su desgracia con desprecios, que en su caso no aguantaríamos quizá ó sin quizá?

Tal es el lenguaje misterioso de la verdadera devoción cuando por encadenamientos indeclinables se ve en la precisión de tomar parte en conversaciones intemperantes que entregan á la curiosidad pública ajenas reputaciones. Mas donde resalta en extremo su misericordia, es cuando el mal por otros cometido cae sobre ella de rechazo.

Hiéresela á veces en sus bienes más caros, en las más delicadas fibras de su corazón. Su primer movimiento es defensivo, la naturaleza propende á rechazar el golpe; la gracia reacciona, sin embargo, y asistimos al espectáculo de un prodigio en el cual se reconoce un alma toda de Dios, el prodigio del perdón. No en vano se da á Dios la verdadera devota. De Él ha aprendido á ejercitar la pasión sublime de compadecer al que injuria. De los sangrientos labios del Salvador ha recogido las venerandas palabras, que atrae bendiciones sobre la cabeza de los verdugos, y sabe perdonar sincera completa y enteramente volviendo bien por mal. Tocad su corazón: no late á impulso del fu-

ror y la venganza sino del amor que triunfa de la impetuosidad natural. Gustad sus lágrimas; su sabor no es amargo como hiel, sino dulce como benigna compasión. El ofensor puede aproximarse á ella; en la serenidad del semblante, en la suave tranquilidad de sus palabras reconocerá al momento que todo ha sido olvidado: y si no se adelantase, la verdadera devota encontraría en su corazón fuerza sobrada para llegarse á él y decirle: «Hermano mío, te perdono».

Dolerse del mal, ocultarlo, excusarlo, perdonarlo, todo eso abarca la misericordia de la devota-verdad. *Benevolencia y misericordia* leemos en el anverso de la medalla; ¿á ver el reverso?

Desde luego la falsa devoción es malévola no en el rigorismo de la palabra que vale tanto como querer el mal del prójimo, sino tomándola en acepción inversa de cuanto hemos dicho acerca de la benevolencia, esto es por *malvidente* que ve el mal en todo y en todos.

¿De qué procede? La respuesta es obvia. Pagado de sí mismo, celoso de los dones de Dios, concentrado en su personalidad, ¿quién persuade á un falso devoto de que hay quien vale más que él? Si el bien es tan notorio que todo el mundo se hace lenguas de él, entonces enmudece y su estudiado silencio equivale á un mentís, ó á lo sumo, deja escapar, como dice un antiguo autor, parcas y endebles alabanzas, sembradas de reticencias crueles ó pérfidas insinuaciones. Tiene miedo de verse postergado por las buenas cualidades y santas disposiciones de los demás; de ahí que sus ojos nada más vean que los defectos, reveses, máculas y deformidades del prójimo. Y en cuanto atisba algo censurable lo cacarea y pone de relieve. Trátase de un hecho equívoco, descubrirá el lado malo. Bastará una manchita para que tenga á cualquiera por contaminado de los pies á la cabeza. Si los actos son irreprochables morderá las intenciones. No rechaza juicios temerarios, ni aventuradas suposiciones: eso constituye el pan cotidia-

no de su espíritu quisquilloso y arisco; «agitado de sospechas, dice el piadoso autor de la *Imitación*, ni está en paz ni deja en paz á los otros (1).» Aventúrase en exploraciones acerca del carácter, costumbres y hábitos ajenos con la intrepidez de un Colón que va en busca de nuevos mundos.

Pone al servicio de su malevolencia avidez insaciable. Se espirita por pescar una noticia; todo lo sabe, todo lo nota, nada se le escapa ni en la iglesia. En la Iglesia sobre todo, donde se considera como en *su casa*, no pierde una inconveniencia de entrada, estancia ó salida. Verdad es que todo lo atalaya desde su sitio, con los ojos clavados en el devocionario, pero ahí está la gracia; desde allí avizora toda la nave. ¿Habéis observado esas telas aéreas suspendidas en las ramas de los árboles é irisadas por el sol que en ellas quiebra sus rayos?

En el medio se rebusa un animal inmóvil, parece muerto: que vaya imprudente insecto á enredarse en los tendidos hilos; incontinenti la araña yérguese sobre sus largas patas, sus saltones ojos buscan la presa cae sobre ella con eléctrica rapidez y la devora. Ahí tenéis á la falsa devota ánima. Araña de la casa del Señor, en ésta tiende sus imperceptibles hilos. Si al azar ó deliberadamente ofendéis en vuestros vestidos la simplicidad cristiana, ó se os escapa una palabra ó una mirada indiscreta, si descuidáis la modestia ó piadosa reserva debida al lugar sagrado, si os permitís cualquiera inadvertencia, nada pasará desapercibido; así lo hagáis á la puerta y ella esté dentro muy recogidita y ensimismada.

Malevolencia tan atroz es incompatible con la misericordia. No se estudia, desconoce ese fondo de miseria, que tanto intimida á las almas buenas, habituada como está á prendarse de exterioridades religiosas. Por eso es inhumana como los Fariseos, cuando se trata de aplicar á otros la ley de Dios. Sin embargo, el libro de la *Imitación* que

(1) *Imitación*, lib. II cap. III.

constantemente lleva en el bolsillo y del cual suponemos que leerá cotidianamente algunos versículos, dice en el capítulo tercero del libro segundo: «El alma apasionada atiende á los deberes ajenos y es negligente para cumplir los propios: tened celo ante todo para vos, y después podéis hacerlo extensivo al prójimo». Una de dos; ó la *Imitación* se equivoca, ó el falso devoto no la entiende; á menos que le imponga esa extraña conducta el *Targum*, esto es, el libro de interpretaciones que lleva escrito en su austero corazón. Para las debilidades y deficiencias naturales no hay piedad. No tiene en cuenta más que la ley y el deber estricto y riguroso. ¿Es señor de casa? Descarga la ley y el deber sobre las espaldas de sus domésticos. Nunca poseen los míseros ni bastante respeto, ni previsión, ni probidad, ni fidelidad, ni laboriosidad. ¿Es sirviente? Descarga la ley y el deber sobre las espaldas de los amos. Nunca está satisfecho este soberbio ni de las penas que por él se toman; ni es asaz generoso en las recompensas que se digna otorgar; ni asaz amable para las pobres gentes, que ante él se inclinan. Nada, lo dicho. El falso devoto en todas partes descubre desarreglos, desórdenes, abusos. Y sin detenerse en la fragilidad ingénita del hombre, llega con su inflexible y estrecha medida hasta ahogar, si se ofrece, la vida del prójimo. Fariseísmo puro.

Que se cometa una falta ante sus ojos, una de esas graves faltas que arrasan en lágrimas á las verdaderas almas devotas, las enternecen y las inclinan, llenas de compasión y mansedumbre, al transgresor; le veréis indignarse, montar en cólera, darse á despreciadoras invectivas. Claro, como tan familiarizado con Dios, se forja la ilusión de poder reemplazarle y tomar aires y actitudes de majestad ofendida. El pecador es un monstruo delante del cual se persigna, un apestado cuyo funesto contacto no puede sufrir alma tan delicada como la suya. Y si ruega por los pecadores en general es de un modo rutinario, porque en el

fondo su corazón está vacío de piedad para las faltas que sorprende.

¿Queréis la prueba de ello? Seguidle en la excursioncita que emprende cuando ha tenido la dicha de presenciarse una falta que puede convertirse en piedra de escándalo. Da cuenta en primer lugar al confesor de sus santas emociones, medida imprescindible, por si éste se halla relacionado con el miserable ó la miserable á quien hay que desmascarar. Del confesor pasa á los amigos, y después á los amigos de los amigos; no hay razón para que no dé la noticia vuelta al mundo. Ciertamente que entrevera sus confidencias con las hipócritas exclamaciones de ¿es posible?— ¡Dios mío, qué desgracia! ¿Quién lo hubiera creído? Y por supuesto que no echa en olvido recomendar profundo secreto: hartamente sabe que estas precauciones contribuyen poderosamente á la publicidad. Y cabalmente se vale á maravilla de esta publicidad para propagar los venenosos sentimientos que rebosan de su corazón. «Veneno de áspides en sus labios (1)» decía de los impíos el real Profeta. ¿No cuadran estas palabras á multitud de pseudo-devotos?

Huelga añadir que menos saben disimular faltas públicas, ó excusarlas ó amparar con tacto comprometidas reputaciones. Es evidente. Gracias que no lo exagere su desapiadado corazón con *seis aunques y porqués* agravantes. En su código no hay leyes que sancionen la existencia de circunstancias atenuantes.

Falta el postrer rasgo de inhumanidad: que la tomen por blanco de sus tiros la injuria ó la injusticia. En su corazón existe acritud inextinguible que conserva siempre fresca la herida. A pesar de sus protestas y dulces palabras, alimenta un fermento de rencor jamás extinto. «Todo lo he olvidado, dice, os doy gracias en el fondo de mi corazón». ¿No será mentira, cuando rehúsa obstinadamente rogar por los ofensores, evita con empeño visible la

(1) Venenum aspidum sub labiis eorum. Psalm. 15.

presencia de ellos, les hace gemir bajo el peso de su indignación, los deja mal parados en sus conversaciones, rechaza toda clase de avenencias, y abre un abismo entre su vida y la de ellos? Distingamos, no obstante, para no alarmar á espíritus delicados. Hay intimidades destrozadas por la injuria ó por abusos de confianza ó por traiciones que fuera peligroso restablecer; en estos casos, por Dios, por el prójimo y hasta por nosotros mismos importa sustituir el demasiado cándido abandono de antes con una reserva cuerda, pero sin que paguen los vidrios rotos la caridad y la misericordia. Besar tiernamente el crucifijo y cerrar los oídos á las misericordiosas palabras que brotan de las entreabiertas llagas del Salvador, ni sentirse, por ellas conmovido y dulcificado y dando de mano al rencor, es una farsa odiosa.

Si se nos acusa de recargar las tintas, recordaremos lo que en nuestra advertencia al lector dijimos. Trátase de una clase de falsas almas devotas, por fortuna pocas en número, y respecto de las cuales hemos hecho algunas restricciones. Reléanse estas palabras cuya austera concisión las estigmatiza con mayor dureza que nuestras descripciones: «Más alejados de Dios que públicos pecadores y mujeres de vida airada, su lengua es tajante acero sus labios despiden veneno de áspid, su boca rebosa amargura y hiel, y desconocen en absoluto la caridad, plenitud de la ley, según San Pablo.»

«Creeríase que se habían impuesto la triste misión de resucitar en la ley de gracia el tipo del fariseo y más repugnante aún por su contraste con el espíritu y moral evangélicos.» Una de estas almas pseudo-devotas podrá ponerse el antifaz de exterioridades piadosas, envolverse en rosarios y escapularios y *Agnus Dei*, no se ocultará por ello á la escrutadora y espantable mirada de Dios que conoce todas sus durezas. Con la medida que juzga á los otros será medida y juzgada (1), y por haber sido malévo-

(1) In qua mensura mensi fueritis remetietur vobis. (S. Mateo, cap. VII, v. 2.)

la é inhumana, su inhumanidad y malevolencia se revolverán contra ella. Publicará todos los pecados de estas almas miserables, descargará sobre ellas su cólera, las enumerará á la faz del universo, las agravará con el peso de todas las plegarias y comuniones de que han abusado, y cerrará á esas desgraciadas las puertas de la compasión, no dejando abiertas ante sus ojos espantados más que las horriblicas puertas de la justicia. Entregada por sus rigideces á las inflexibles angosturas de la justicia divina, pagará allí la falsa alma devota hasta el último denario de las deudas contraídas; si no queda asfixiada en la exigua medida que á sí misma se ha preparado con su conducta incalificable.

ARTÍCULO VI

LA VERDADERA DEVOCIÓN ES DÓCIL Y CONSTANTE, LA
FALSA INDÓCIL É INCONSTANTE

Si son diametralmente opuestas la verdadera y falsa devoción por lo que á los hábitos del corazón atañe, no son menos por lo que mira á los hábitos de la voluntad. En ambas surgen idénticos movimientos, pero en sentido inverso, produciéndose en la primera con regularidad y en la segunda desordenadamente; siendo en consecuencia dócil y constante la una, la otra indócil é inconstante.

Incapaz el alma de dirigirse á sí misma en la vida devota, necesita de toda necesidad someterse á impulso de una voluntad superior, que la conduzca, sostenga y la vuelva al camino, si se extravía. Al bien excepcional de la dirección corresponde el deber de la obediencia, virtud preciosa en almas santas y tan grata á Dios que le es preferible á los más dolorosos sacrificios: mejor que las víctimas es la obediencia (1).

No es esto decir que el holocausto del alma devota haya

(1) *Melior est obedientia quam victimae*, (1.º de los Reyes, cap. XV, v. 33.)

de equipararse al de los votos religiosos; sin embargo, ella no ignora el valor de la obediencia y que el camino más llano y seguro para llegar á Dios es la sumisión, y hasta el más libre y tranquilo; pues descargándonos del peso de nuestra propia responsabilidad, nos deja en posesión de una gran paz y de un abandono y confianza santas. «Corred de un lado para otro, no encontraréis paz si no en la humilde sumisión (1).»

El alma verdaderamente devota es, pues, sumisa y dócil en virtud de la sincera abdicación de su criterio propio al cual no quiere confiar el éxito de su perfección. El ministerio del director es para ella una representación de la Providencia en grado eminente, circunstancia que reviste los consejos y las órdenes que de él emanan, de un carácter sagrado, y les hace acreedores á incondicional respeto. En ellos se refugia, á ellos se abandona con la firme persuasión de orillar de esta suerte cuantas dudas y vacilaciones asaltan á los espíritus tímidos, y de refrenar los presuntuosos deseos de las almas con extremo ardorosas. Somete á consulta del director, cuyos móviles se inspiran en caridad, todos sus pensamientos, deseos, acciones, preces, confesiones, comuniones y relaciones divinas y humanas. Obra si obrar se la ordena, se abstiene si se le prescribe abstenerse y abandona cualquier camino emprendido por inconsideración ó imprudencia, á la primera indicación. Hace, deshace, emprende, reprende, trabaja, descansa, despliega energías ó se mortifica á voluntad del que la guía. Las repugnancias del orgullo, las pasajeras protestas del amor propio no coartan la agilidad de sus movimientos. Semejante á los misteriosos animales de la visión profética, sitúase entre el cielo y la tierra y va a donde la lleva el soplo divino. Cada acto de sumisión es un triunfo laureado por paz profunda y gozo inenarrable en cumplimiento de este raciocinio del Espíritu Santo: «el varón obediente cantará victorias (2).»

(1) *Imit., lib. I, cap. IX.* (2) *Vir obediens loquetur victorias.* - *Prov. cap. XXIV, 28.*